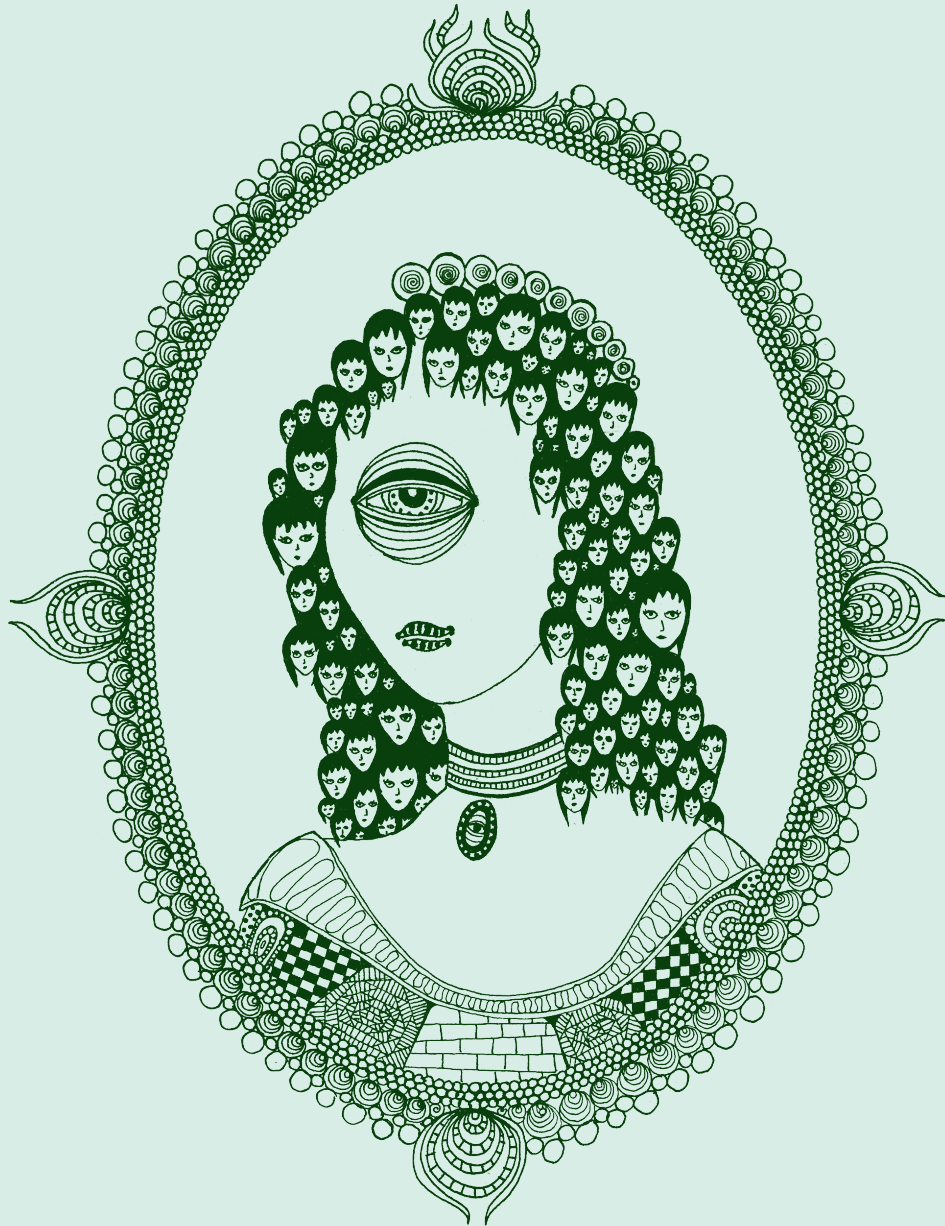




# LA FE PERDIDA EN LAS PALABRAS



∞ KURT LESTER BENZE HINOJOSA



Cuando yo estudiaba letras hispánicas en la universidad, una de las corrientes académicas imperantes ahí era la lingüística. Tomé varios cursos relacionados con esa materia, me vi obligado a dominar el análisis del discurso y me dediqué a la dolorosa tarea de descifrar los textos retorcidos de teóricos como Jakobson, Hjelmslev, Greimas, Barthes y van Dijk. Cuando terminé, no quedé tan fascinado con ellos como varios de mis maestros. Noté que los objetivos últimos en sus análisis eran un poco confusos: ¿exactamente qué es lo que querían encontrar en las estructuras de las palabras, y con qué fin? Nunca me quedó claro. Más aún, me di cuenta de que, como si pertenecieran a una especie de culto misterico, escogían las palabras y expresiones más oscuras para decir cosas que en realidad son bastante simples. Era como si no quisieran que sus conocimientos fueran accesibles más que a ciertos círculos de iniciados. Creo que ahí fue cuando descubrí que, en la academia, la gente suele desdeñar lo que puede entender muy fácilmente. No obstante, si uno utiliza términos rebuscados para describir algo sencillo, normalmente los académicos lo aprobarán. Sin duda, es peligroso: una estupidez dicha en el estilo apropiado puede convertirse en verdad para muchas personas. Y aquí no hablo solamente sobre la lingüística, sino sobre el mundo académico en general. Es sólo que, en la lingüística, la opacidad es casi omnipresente.

Más tarde, cuando llegó el tiempo de hacer mi tesis universitaria, decidí hacer un análisis de textos literarios desde una perspectiva psicológica junguiana, algo desconocido en mi escuela. Más de una vez me preguntaron por qué no escogí un estudio lingüístico, y algunos me criticaron por supuestamente hacer una tesis psicológica, en vez de una literaria. Tuve también un curioso choque con un lingüista textual de cierto renombre que una vez visitó la facultad, al tratar de explicarle mi ángulo. Ya sabía que eso iba a suceder en mayor o menor medida: cuando uno habla de psicología (especialmente de psicoanálisis), es de esperarse que la gente muestre sus defensas. Los *daimones* de lo inconsciente siempre son aterradores, y por eso muchos suelen construir todo tipo de objeciones en

contra de la psicología profunda. Así, defender estos puntos de vista muchas veces se convierte en una batalla cuesta arriba.

Lo que más me llamó la atención en todas estas experiencias fue la seriedad extrema con que los lingüistas se toman su trabajo. Y no es que esto sea algo malo en sí mismo: al contrario, siempre es estimulante ver que alguien sienta pasión por sus estudios, y tampoco voy a negar la utilidad de la lingüística y la profundidad a la que ha llegado en ciertos casos. El problema es la actitud dogmática que muchos de ellos adoptan, la obstinación y cerrazón con que intentan reducir el universo a puro lenguaje. Y, especialmente, la falta de visión con respecto a sus objetivos finales.

**DE ACUERDO CON LOS CABALISTAS PRÁCTICOS, EL LENGUAJE DIVINO DE LA CREACIÓN SE ENCUENTRA OCULTO EN LA TORÁ; SI UNO LOGRA COMPRENDERLO, PODRÁ JUGAR CON LA CREACIÓN MISMA.**

Tal vez pueda dar una mejor idea de todo esto mediante una comparación. Cuando leí el capítulo sobre Cábala de la *Historia de la filosofía oculta*, de Sarane Alexandrian, me sorprendió mucho la similitud que vi entre los estudios lingüísticos modernos y la descripción que el autor hace sobre esta tradición de interpretación de la Torá. Según Alexandrian, la Cábala tiene dos vertientes principales: la especulativa, que es puramente teológica o filosófica, y solo se preocupa por la comprensión de lo divino; y la práctica, que busca descubrir los secretos del Pentateuco para, esencialmente, hacer magia con ellos. De acuerdo con los cabalistas prácticos, el lenguaje divino de la creación se encuentra oculto en la Torá; si uno logra comprenderlo, podrá jugar con la creación misma.

Curiosamente, se podría aplicar una categorización parecida a los lingüistas. Por un lado, están quienes especulan con el lenguaje y crean teorías y sistemas de interpretación con pocos usos prácticos (de hecho, muchos de ellos se quedan en un plano meramente descriptivo). Como los cabalistas especulativos, a estos lingüistas les encanta crear esquemas complicados y semialgebraicos del lenguaje. La diferencia más grande entre ambos sería que, mientras que los cabalistas tienen un propósito espiritual y contemplativo, los lingüistas no parecen saber muy bien lo que buscan. Aunque quizás, en el fondo, sus objetivos no sean tan diferentes: a veces me da la impresión de que el lingüista especulativo busca tener una teofanía que le ayude a comprender su propia existencia y la del mundo que le rodea, ya que todo es, a su forma de ver, lenguaje. ¿Será que ambos buscan a Dios, después de todo?

El “lingüista práctico” es igualmente interesante. Como el cabalista práctico, desea encontrar los mecanismos ocultos del lenguaje, para obtener un mayor control sobre él y, por lo tanto, sobre el mundo (ya que el mundo es lenguaje, como no se cansan de repetir). Es una forma de magia. Lo que quiere es poder y control: “¿qué si pudiera descubrir lo que opera detrás de una frase famosa, de un discurso político influyente o de una obra clásica de la literatura universal?” Sin embargo, los cabalistas nunca pudieron animar un golem. ¿Qué cabe esperar de este tipo de lingüistas?

Aquí es donde, a mi manera de ver, la psicología profunda puede ayudarnos a comprender mejor la naturaleza del lenguaje y, sobre todo, nuestras limitaciones con respecto al mismo. Veamos cómo.

Para la lingüística, las palabras no tienen un sentido inherente. Su doctrina es el atomismo lógico: toda palabra puede ser reducida a unidades básicas cuasi matemáticas. El *logos* aparece diseccionado en elementos irreductibles, y no podemos confiar en él, ya que no es un verdadero portador de significado. Los lingüistas más ortodoxos afirman que el lenguaje se encuentra autocontenido. Y para los lingüistas textuales más modernos, que dicen haber superado el estructuralismo clásico, el significado de las palabras es un producto puramente histórico, social o cultural. En cualquier caso, la lingüística sigue buscando en el lenguaje una estructura lógica con mecanismos concretos y cognoscibles.

El problema de este enfoque es que es demasiado mecanicista y objetivante. Se centra absolutistamente en el lado racional del lenguaje e intenta aplicar una ética humanística para justificar sus estudios. Por su parte, a la psicología arquetípica (estoy hablando aquí de la escuela de Carl G. Jung y su posterior desarrollo) le preocupa más la irracionalidad del lenguaje, y —si bien no niega sus elementos racionales— afirma que *las palabras no sólo fueron creadas, sino descubiertas*, pues son moldeadas desde lo inconsciente. La clave aquí está en comprender al arquetipo. ¿Y qué es? Los arquetipos son las imágenes en nuestra imaginación.

Ellos le dan forma a nuestra mente, configuran lo inconsciente. Están ahí antes de que se forme la consciencia y, al preceder al yo, preceden también a toda racionalidad. Ellos no son el yo, pero coexisten con él de manera autónoma, e influyen en él en todo momento. Los reconocemos mejor a través de sus manifestaciones personificadas: el héroe, la gran

**LOS ARQUETIPOS SON LAS  
IMÁGENES EN NUESTRA  
IMAGINACIÓN. ELLOS LE  
DAN FORMA A NUESTRA  
MENTE, CONFIGURAN LO  
INCONSCIENTE.**



**TODA ESA OBJETIVACIÓN Y CONCRETIZACIÓN EXCESIVAS, LA IDEA DE QUE ES POSIBLE ENCONTRAR LOS MECANISMOS DEL LENGUAJE MEDIANTE EL ESTUDIO RACIONAL, NO SON SÓLO TEORÍAS O POSICIONES LÓGICAS. SON DEFENSAS PSICOLÓGICAS CONTRA EL COMPONENTE PSÍQUICO DE LA PALABRA.**

madre, el dragón, el anciano sabio, el árbol que sostiene al mundo, y demás temas que aparecen en sueños, obras artísticas, mitos, leyendas, etc. Pero son más que eso. Son las fuerzas que operan en nosotros, que son más poderosas que nosotros, y que definen nuestra identidad al relacionarse con nosotros. Son ellos los que, en primer lugar, permiten la comunicación, ya que le dan forma a nuestra mente, están ahí antes de esa fantasía a la que llamamos «yo» o «consciencia» siquiera exista. Los arquetipos escogen todo tipo de vehículos para revelárenos: las imágenes, los sonidos y, por supuesto, las palabras.

Quizás un poeta entendería las nociones de «arquetipo» e «inconsciente» más fácilmente que un lingüista: después de todo, él ya debe estar acostumbrado a tratar con sus musas y aquellas fuerzas que siente están más allá de él. En cualquier caso, esta psicologización (es decir, interiorización y reimaginación, la consideración de la psique como vida) nos permite recuperar la fe en las palabras. Pues, ¿cómo podríamos transmitir a otros algo de gran valor emocional, trascendente, capaz de mover lo más importante y profundo en nuestras almas, si no hubiera una fuerza arquetípica dándole sentido a nuestras palabras? ¿Cómo podríamos conducir nuestras vidas y darle significado a nuestras muertes si las palabras no ardieran y cobraran vida propia? Sin los arquetipos, las palabras estarían vacías, serían meras aglutinaciones estériles de sonidos e imágenes, sin sustancia anímica alguna. Debemos recordar siempre esta naturaleza irracional de las palabras, esos poderes invisibles que ellas transportan de una psique a otra, y que son capaces de tocarnos en lo más íntimo y desconocido. El alma y el instinto se manifiestan en ellas, y por lo tanto nunca van a estar plenamente bajo nuestro control.

Este aspecto psicológico de la palabra trasciende el atomismo y nominalismo lingüístico, y le otorga sentido y significación que van más allá de las

convenciones históricas o sociales. Pero quizás lo más duro para un lingüista sea aceptar la realidad de que la palabra es imposible de comprender en su totalidad, puesto que, en lo más profundo, es gobernada por fuerzas independientes del yo. Toda esa objetivación y concretización excesivas, la idea de que es posible encontrar los mecanismos del lenguaje mediante el estudio racional, no son sólo teorías o posiciones lógicas. Son defensas psicológicas contra el componente psíquico de la palabra. La naturaleza de las palabras contiene una grandeza y una complejidad abrumadoras: pueden liberar todo tipo de fuerzas sobre nosotros, son capaces de dar rienda suelta a bestias y a demonios, de crear y sacudir fantasías, de mostrarnos y ocultarnos nuestras realidades (e irrealidades) más profundas. Por supuesto que preferiríamos simplificar su valor y sustancia.

Con esto no intento desestimar la lingüística o negar la importancia de sus aportaciones. Simplemente quiero señalar (como varios ya lo han hecho) un error epistemológico —reducir su materia de estudio a modelos imaginativos herméticos— y, sobre todo, un problema de visión y actitud, que consiste en la dogmatización de sus ideas y premisas. Si en vez de hipostasiar sus teorías y considerarlas omniabarcadoras, aprendieran a verlas como construcciones ficticias —es decir, como productos de la imaginación—, entonces podrían prestarle un poco más de atención a la imaginación que les dio origen. Esto sin duda conduciría a una revitalización importante de sus estudios. Y tampoco propongo a la psicología arquetípica como un modelo absolutista: al contrario, su misma naturaleza demanda la constante reinterpretación de sus premisas, y la aplicación de una perspectiva *as if* (“como si”) a toda idea. En cualquier caso, sólo la utilizo como un punto de vista que intenta mostrarnos aquello que negamos y preferimos mantener oculto. ☞